

III CICLO DE MÚSICA Y PATRIMONIO

Iglesia de
San Agustín
el Viejo
de Talavera de la Reina

Grande Chapelle

Àngel Recasens, director



III CICLO DE MÚSICA Y PATRIMONIO

Grande Chapelle

Àngel Recasens, director

Entre aventuras y encantamientos

Música para don Quijote

**Iglesia de San Agustín el Viejo
Talavera de la Reina. Toledo**

Domingo, 27 de febrero de 2005, a las 20.00 h.

PROGRAMA

ENTRE AVENTURAS Y ENCANTAMIENTOS

Música para don Quijote

ANÓNIMO

Caballero de aventuras

ANÓNIMO

Señora, después que os vi

ANÓNIMO

Quien tanto veros desea

(Texto: Jorge Manrique)

ANÓNIMO

¿Dónde estás, señora mía?

ANÓNIMO

Al villano se la dan

CARLOS PATIÑO

(1600-1675) /

ANÓNIMO

Nunca mucho costó poco

(Texto: Félix Lope de Vega / Miguel de Cervantes)

FRAY GERÓNIMO

Al tronco de un verde mirto

(Texto: fray Luis de Góngora)

SEBASTIÁN AGUILERA DE HEREDIA

(c 1565-1627)

Tiento grande de 4^o tono

MATEO ROMERO

(c 1575-1647)

Miserere mei, Domine

(Texto: extracto del Salmo 6. *Domine, ne in furore tuo*)

PEDRO GUERRERO

(s. XVI)

¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!

(Texto: Garcilaso de la Vega)

MATEO ROMERO

Árboles, yerbas y plantas

(Texto: Miguel de Cervantes)

CHACÓN

Sancho Panza es aqueste

(Texto: Miguel de Cervantes)

TOMÁS LUIS DE VICTORIA

(1548-1611)

Gaude, Maria Virgo

ANÓNIMO

Suelen las fuerzas de amor

(Texto: Miguel de Cervantes)

JOAN PAU PUJOL

(1570-1626)

Amor, cuando yo pienso

(Texto: Miguel de Cervantes)

Yace aquí el hidalgo fuerte

(Texto: Miguel de Cervantes)

Entre aventuras y encantamientos

Música para don Quijote

Todo se convierte en una gran aventura desde el momento en que el lector se aproxima a Miguel de Cervantes, el más celebrado de los escritores por dos de sus criaturas de ficción: don Quijote y Sancho. Sin embargo, él, el creador, se nos pierde por momentos entre las brumas de sus trabajos y sus días. Nace en 1547 en Alcalá de Henares y muere en 1616 en Madrid. Fue soldado, cautivo y escritor. Dejó las armas y tomó la pluma para abandonarla, también, largamente durante casi 20 años. Se busca y rebusca en sus textos toda información que permita completar lo que se sabe de él. Sin duda, por el afán de conocer cómo vivió, por qué vivió como vivió..., en fin, para intentar saberlo casi todo del mortal que habitaba en el más inmortal de los escritores. Pero resulta que, cuando leemos esos fragmentos dispersos que conforman un retrato de artista, como dijo Canavaggio, y en los que Cervantes se reconoce a sí mismo, nos deslumbra más el modo con el que su rostro surge de entre las páginas, que lo que nos dice. Lo cierto es que aquel hombre «más versado en desdichas que en versos» —según él mismo dice, por boca del cura del *Quijote*— ha llegado a alcanzar un reconocimiento universal que ni Lope, ni Góngora, ni Calderón, ni ningún otro de los afamados ingenios de su siglo lograron con sus (también) excepcionales creaciones.

Herederero de todos los logros literarios del siglo XVI, Cervantes convierte su obra en puerto de llegada y de salida por un esfuerzo consciente con el que ganó terreno a la ficción en aras de la realidad y de sus leyes. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1605 – segunda parte: Madrid, 1615) es la cumbre del arte narrativo que Alfonso de Valdés con su *Lazarillo de Tormes* y Mateo Alemán con su *Guzmán de Alfarache* habían asentado.

En este caso, el protagonista es un hidalgo manchego al que se le ha secado el cerebro de tanto leer libros de caballería, y que sale a recorrer el mundo en busca de aventuras porque quiere resucitar la caballería andante. Un protagonista que decide su

propia identidad y que, a modo de un nuevo génesis, se da nombre al tiempo que se lo da a todas sus realidades: Rocinante, Dulcinea. Pero Cervantes, magistralmente, creó un interlocutor para don Quijote: Sancho Panza, personaje tan importante como su señor, al que vemos aquíjotarse y ganar hondura conforme avanza la novela y más son sus andanzas. Ambos conviven, comparten, discuten, dialogan y se nos van descubriendo en su maravillosa humanidad. Van (y tras ellos, el lector) de aventura en aventura que, de hecho, siempre es la misma: la que lleva de la ilusión a la realidad y viceversa. Por el camino van encontrándose con toda suerte de personajes episódicos que son narradores de sus propias vidas. Y, precisamente, con esta polifonía narrativa, la novela se va enriqueciendo. A propósito de ello, Rosa Navarro, en sus magníficas *Escenas cervantinas* (Alianza Editorial, 2004), dice que «Cervantes consigue crear un ámbito de ficción plural, en donde pueden encontrarse caballeros andantes, pastores, peregrinos, pícaros, farsantes, campesinos», convirtiendo el *Quijote* en «la auténtica comedia humana con todos los géneros literarios representados en ella». Junto a la pluralidad de voces, de puntos de vista, y junto a ese héroe que escoge su propia identidad y que va acompañado de su buen amigo y escudero, Cervantes suma la genialidad de hacernos creer a nosotros, los lectores, que cede su responsabilidad a otro autor, Cide Hamete Benengeli. En definitiva, en su *Don Quijote*, Cervantes «encerró en cifra una invención infinita» (Rosa Navarro).

En cambio, Cervantes es mucho más que el autor del *Quijote*. Se nos descubre como maestro en humanidad en cuanto es el creador de ficciones que se sustentan sobre las leyes humanas, tan dolorosamente humanas, que mueven el mundo, la realidad. Los personajes cervantinos son inolvidables, profundos en cuanto a que se aproximan a nosotros y no a modelos estereotipados por la tradición poética. Detrás del creador, Cervantes hombre se escapa de cualquier esquema académico: «impenetrable, su misterio nos fascina, porque es la clave de una experiencia que se ofrece a nosotros sólo a través de la escritura y que sin cesar encuentra nuestra propia experiencia de lector». Así lo había comprendido Cide Hamete, quien también quiso dejar a su pluma la palabra final: «Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno» (Canavaggio).

En cuanto a la dicotomía que Cervantes fija espléndidamente entre el «hidalgo sosegado» Alonso Quijano y el «caballero andante» don Quijote, hemos de decir que puede extrapolarse sin excesivo desacierto a la sensibilidad musical de la época. Recién comenzado nuestro Barroco musical, el magma sonoro

que envuelve la actividad del compositor y el gusto de quien escucha ofrece un campo de experimentación y deleite musical en el que todo se amalgama: lo culto con lo popular; la inspiración propia con la cita intertextual o el préstamo ajeno; y el tópico o lugar común con el recurso expresivo original. Esta especie de coiné musical se asemeja a la nebulosa mente de Quijano/Quijote, ahora cuerdo, ahora loco; ahora preocupado por su tiempo, ahora «enderezando tuertos y desfaciendo agravios» en tiempos pasados; ahora caballero furioso e indómito, ahora fiel enamorado y poeta melancólico; ahora real y tangible, ahora encantado y etéreo; y, en definitiva, ahora escuchando romances antiguos, ahora conociendo y gustando las novedades musicales de su siglo.

Desde este planteamiento dual hemos realizado la selección de composiciones para el presente concierto. Hemos buscado «música para don Quijote», antes que recurrir a la «música en el Quijote». Hemos intentado recrear el ambiente musical de la época, más que volver a reproducir los romances antiguos de todos conocidos. Se ha conservado la música de varios de esos romances antiguos incorporados por Cervantes en el transcurso de su relato, y también la de algunas canciones de corte tradicional. Por esta razón hemos incluido algunos de esos romances, para no perder el referente caballeresco que animó a nuestro valeroso hidalgo. Hemos querido pensar más en un Quijote aventurero, encantado y, sobre todo, platónica y literariamente enamorado. Por todos estos motivos nuestra selección es libre y más lírica. Hemos musicado, echando mano de la coiné musical que hemos mencionado, algunos poemas del propio Cervantes que jalonan el discurso de su novela y que nunca fueron puestos en música. Nosotros se la hemos buscado y adaptado, y lo hemos hecho amparados en la vieja costumbre de la época, en la que algunas poesías se cantaban sistemáticamente «al tono de» canciones conocidas y gustadas de todos. En este sentido nos hemos limitado a aplicar la antigua técnica del *contrafactum*, ese trueque semántico entre músicas y poesías que atempera la expresividad y encauza la aprehensión del concepto poético y la memoria del referente melódico. Simbiosis poético-musical que siempre alcanza las cotas más preciadas de refinamiento estético y valor artístico.

En nuestra selección hemos incluido un párrafo de la novela antecediendo al poema escogido. Quizá esto nos haya condicionado de alguna manera la elección del poema, pero en cualquier caso ha sido un condicionamiento consciente, intencionado y hallado. Nos hemos visto obligados a retocar algunas poesías para introducir los nombres propios del argumento cervantino; y, de la misma manera, hemos modificado estructuras musicales

y adaptado fragmentos y repeticiones a tal o cual verso. Por ello nuestro trabajo ha consistido en recrear estas músicas para don Quijote.

La música que hizo escuchar Cervantes a don Quijote en sus ratos de locura era la de los romances antiguos, una música de raíces tardomedievales y renacentistas; y la que le hizo escuchar en sus momentos de lucidez era la música del primer Barroco. Nuestro escritor escuchó todo tipo de música: instrumental, profana y religiosa. Y la escuchó con la fruición y el embeleso característicos de su espíritu sensible. Por eso le otorgó a la música, además del poder evocador, aquel poder lenitivo que quiso transmitir con la celebérrima frase que puso en boca de Sancho: «Señora, donde hay música no puede haber cosa mala» (*Quijote*, II, 34). Como si el genial escritor quisiera que la música se asemejara a las andanzas de su ideal caballero y fiel escudero, para paliar en algo los errores y desastres de la edad de hierro y las horas de maldad y perversión, que recorren, cual pesadilla maldita y continua, los siglos y las generaciones de toda la historia.

LOLA JOSA y MARIANO LAMBEA

CABALLERO DE AVENTURAS

«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. [...] Este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda [...]. Se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. [...]

Rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente, y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras.» (*Quijote*, I, 1)

Caballero de aventuras,
otro Alcides es Quijano
de la tierra de la Mancha
que en su estima es solar alto.

Sale a conquistar el mundo
hecho vengador de agravios,
libertador de cautivos,
domador de monstruos bravos.

A venturosas conquistas
le llama su feliz hado,
y a ganar por vuestra causa
grandes provincias y estados.

Salió como el ave fénix
en sus llamas abrasado,
que el dejar la antigua vida
fue de la suya el reparo.

Salió de entre las cenizas
cual muerto resucitado,
y alegre en la nueva vida
va diciendo por el campo:

¡Dichoso cambio!,
que cuanto dejó más
más gloria alcanzo.

SEÑORA, DESPUÉS QUE OS VI

«Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. [...] Y fue, a lo que se cree, que, en un lugar cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello. [...] Y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa, y gran señora, vino a llamarla `Dulcinea del Toboso´.» (*Quijote*, I, 1)

Señora, después que os vi,
tal me tiene Amor crüel
que no hay más que amar en él
ni más que penar en mí.

Corre mi fe y mi contento
las parejas sin parar
y, así, en padecer y amar
cual ninguno consiento;

y he llegado hasta aquí,
por ser al amor fiel,
que no hay más que amar en él
ni más que penar en mí.

A mi fe sencilla y pura
sólo iguala mi dolor,
y a los dos, vuestro valor
y vuestra gran fermosura.

Señora después que os vi,
tal me tiene Amor crüel
que no hay más que amar en él
ni más que penar en mí.

QUIEN TANTO VEROS DESEA

«- ¡Todo el mundo se tenga!, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son destas razones, y, a ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por las razones, luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

- Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís. Mostrádnosla, que, si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

- Si os la mostrara -replicó don Quijote-, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.» (*Quijote*, I, 4)

Quien tanto veros desea,
señora, sin conoceros,
¿qué hará después que os vea
cuando no pudiere veros?

Gran temor tiene mi vida
de mirar vuestra presencia,
pues amor en vuestra ausencia
me hirió de tal herida.

Aunque peligrosa sea
delibro de conoceros,
y, si muero porque os vea,
la victoria será veros.

¿DÓNDE ESTÁS, SEÑORA MÍA?

«Trújole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Ésta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y, así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido caballero del bosque.» (*Quijote*, I, 5)

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?,
o no lo sabes, señora,
o eres falsa o desleal.

De mis pequeñas heridas
compasión sueles mostrar
y, ahora, de las mortales
no tienes ningún pesar.

Como acudiste a lo menos,
menos te hallo a lo más,
que en los mayores peligros
se conoce la amistad.

El crisol de las verdades
suele ser la adversidad;
¿en qué memoria ocupada
tan sorda a mi llanto estás?

AL VILLANO SE LA DAN

«— ¡Voto a tal! —dijo a esta sazón Sancho—. No digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! ¡Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos! ¡Par Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura!

— Tomaros he yo —dijo don Quijote—, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan a tres mil y trescientos tirones. Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.» (*Quijote*, II, 35)

Al villano se la dan
la cebolla con el pan.

Para que el toscos villano,
cuando quiera alborear,
salga con su par de bueyes
y su arado (¡otro que tal!)
le dan pan, le dan cebolla,
y vino también le dan.
Ya camina, ya se acerca,
ya llega, ya empieza a arar.
Al villano se la dan
la cebolla con el pan.

Al villano tieso, tieso,
la cebolla con el queso.
Al villano testarudo
danle pan y azote crudo.
Al villano, si es villano,
danle el pie, toma la mano.
Al villano tieso, tieso
la cebolla con el queso.
Al villano se la dan
la cebolla con el pan.

NUNCA MUCHO COSTÓ POCO

«- La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas; con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

- ¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

- Aquellos que allí ves -respondió su amo- de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

- Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.» (*Quijote*, I, 8)

Nunca mucho costó poco
y, pues, lo que quiero es tanto,
di que doy al mundo espanto
en ver que me torno loco.

¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

AL TRONCO DE UN VERDE MIRTO

«- ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

- A esa cuenta, dos deben de ser -dijo Sancho-, porque desta parte contraria se levanta, asimesmo, otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad, y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. [...]

- ¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos! ¡Veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!» (*Quijote*, I, 18)

Al tronco de un verde mirto,
enamorado Quijano,
dos escuadrones vio armados
en la campaña de un sueño.

¡A ellos –dice–, a ellos!
¡Suene la alarma!
¡Suenen las trompetas!
¡Toquen las cajas!
¡Guerra, guerra!
¡Retumben los aires!

A ellos –dice–, soldados,
embestidos, advirtiendo
que láminas son de pluma
cuantas mienten el acero.

Las perezosas banderas
seguían del tardo tiempo,
horas, en el mal prolijas,
días, en el bien ligeros.

¡A ellos –dice–, a ellos!
¡Suene la alarma!
¡Suenen las trompetas!
¡Toquen las cajas!
¡Guerra, guerra!
¡Retumben los aires!

No hagáis volver las espaldas
a los enemigos nuestros;
huyendo quiero los días,
pero no retrocediendo.

MISERERE MEI, DOMINE

«Y, apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta estraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto a don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino a su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún malferido o muerto caballero.» (*Quijote*, I, 19)

*Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum;
sana me, Domine, quoniam conturbata sunt ossa mea.*

*Quoniam non est in morte, qui memor sit tui;
in inferno autem quis confitebitur tibi?*

*Discedite a me, omnes, qui operamini iniquitatem,
quoniam exaudivit Dominus vocem fletus mei.*

Requiem aeternam dona eis, Domine.

Misericordia, Señor, que desfallezco;
cura, Señor, mis huesos dislocados.

Porque en el reino de la muerte nadie te invoca,
y en el abismo, ¿quién te alabará?

Apartaos de mí, los malvados,
porque el Señor ha escuchado mis sollozos.

Dales, Señor, el descanso eterno.

¡OH, MÁS DURA QUE MÁRMOL A MIS QUEJAS!

«—Vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano? — Ahí está el punto —respondió don Quijote—, y esa es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias. El toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que, si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso [...]. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea.» (*Quijote*, I, 25)

¡Oh, más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Dulcinea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo.
Témola con razón, pues tú me dejas,
que no hay sin ti el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

ÁRBOLES, YERBAS Y PLANTAS

«Dice la historia que, así como don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locuras desafortunadas que hizo, o Amadís en las malencónicas, y hablando entre sí mismo decía:
— [...] Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere, del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas. Y si no soy desechado ni desdeñado de Dulcinea del Toboso, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. [...]

Así se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y, algunos, en alabanza de Dulcinea.» (*Quijote*, I, 26)

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues, por pagaros escote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.
Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea,
y así, hasta henchir un pipote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
hirióle Amor con su azote,
no con su blanda correa,
y, en tocándole el cogote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

SANCHO PANZA ES AQUESTE

«Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ella, a lo menos por escrituras auténticas. Sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba, en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza.» (*Quijote*, I, 52).

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
pero grande en valor (¡milagro extraño!)
Escudero, el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo (os juro y certifico).
De ser conde no estuvo en un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan a un borrico.

GAUDE, MARIA VIRGO

«Media noche era por filo, poco más a menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. [...]
– Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta. [...]
– Señor –dijo Sancho–, ya que vuestra merced quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran a cualquier hora, por tarde que sea?
– Hallemos primeró una por una el alcázar –replicó don Quijote–, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos. Y advierte, Sancho, o que yo veo poco o que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre la debe de hacer el palacio de Dulcinea.
– Pues guíe vuestra merced –respondió Sancho–: quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.
Guió don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo:
– Con la iglesia hemos dado, Sancho.
– Ya lo veo –respondió Sancho–, y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios a tales horas.» (*Quijote*, II, 9).

*Gaude, Maria Virgo:
cunctas haereses
sola interemisti
in universo mundo.
Alleluia, alleluia.*

Alégrate, Virgen María,
sólo tú has destruido
todas las herejías
del mundo entero.
Aleluya, aleluya.

SUELEN LAS FUERZAS DE AMOR

«– Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella, que, en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.
Y con esto se fue, porque no fuese notado de los que allí le viesan. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo a su compañera:
– Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya. [...]

Llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templóla, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto». (*Quijote*, II, 46)

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura,
ni se muestra ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace Amor milagros
y a sí mismo los levanta.

Dulcinea del Toboso,
del alma en la tabla rasa,
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.

AMOR, CUANDO YO PIENSO

«— También debe de ser castigo del cielo —respondió Sancho— que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación, pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos a acomodar y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

— Duerme tú, Sancho —respondió don Quijote—, que naciste para dormir, que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

— A mí me parece —respondió Sancho— que los pensamientos que dan lugar a hacer coplas no deben de ser muchos. Vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere.

Y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió a sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado a un tronco de una haya, o de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mismos suspiros, cantó de esta suerte.» (*Quijote*, II, 68)

Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso.

Mas, en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento
que la vida se esfuerza y no le paso.

Así, el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh, condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

YACE AQUÍ EL HIDALGO FUERTE

«— Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa. Déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma. [...]

Volviéndose a Sancho, le dijo:

— Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

— ¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desahogada, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado. Quizá, tras de alguna mata, hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. [...]

— Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo. Fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. [...]

En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. [...]

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente «don Quijote de la Mancha», había pasado desta presente vida y muerto naturalmente, y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas. [...]

Déjase de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso este.» (*Quijote*, II, 74).

Yace aquí el Hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Tuvo a todo el mundo en poco,
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.

Àngel Recasens, director

Tras recibir las primeras lecciones musicales de su tío, el tenor de ópera Salvador Recasens, Àngel Recasens ingresó en la Escolanía de Montserrat, donde se formó con los maestros Anselm Ferré y David Pujol. Prosiguió sus estudios de piano y órgano en el Real Conservatorio del Liceo de Barcelona, donde obtuvo sus diplomas con las máximas calificaciones. Más tarde, se perfeccionó con los pianistas Fructuós Piqué y Alexandre Ribó i Vall, el compositor Frederic Musset y el gran violonchelista y director Antonio Janigro. Pronto centró su carrera musical en la dirección. En 1973, fundó el Quartet de Madrigalistas, grupo de solistas dedicado a la música renacentista española, con el que cosechó importantes éxitos en España, Francia y Alemania. Entre 1975 y 1986, logró unos resultados espectaculares con el Coro Sant Esteve de Vila-seca y Salou, realizando cerca de 400 conciertos repartidos entre 20 países de América y Europa. Consiguió cinco primeros premios y dos segundos en concursos internacionales. La crítica le considera una autoridad en el campo de la música coral y vocal de España.

Es conocido en toda Europa por su metodología pedagógico-musical aplicada en el Conservatorio Profesional de Música de Vila-seca y Salou hasta el año 1986. Además de este centro, Recasens fundó otras cinco escuelas de música, un curso internacional y dos festivales internacionales. Constante investigador y analista, ha impartido más de 150 seminarios, conferencias y cursos de dirección coral en Alemania, Francia, México, Cuba y España. En reconocimiento de esa extraordinaria labor, fue nombrado miembro de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi (Barcelona).

Ha sido invitado a dirigir orquestas y grupos tanto en España como en el extranjero. Las interpretaciones con los conjuntos Grande Chapelle (antigua Capilla Príncipe de Viana) y Viana Consort representan —gracias a la estrecha colaboración con su hijo Albert Recasens, doctor en musicología por la Universidad Católica de Lovaina— la etapa más elaborada del maestro Recasens. Sus ejecuciones aspiran a un rigor y a una expresividad que se alejan de cualquier efectismo y rehuyen de discutidos puritanismos, llegando a la raíz del arte musical. Analiza los sentimientos del compositor para trasladarlos, con sus genialidades y también sus defectos, hacia el público, que se transforma así en cómplice de este lenguaje de los mil significados.

Grande Chapelle

Conjunto especializado en el repertorio del Renacimiento y del Barroco. Además de la interpretación de grandes obras vocales con experimentados solistas internacionales, realiza un trabajo concienzudo de recuperación histórica del patrimonio musical español.

La Grande Chapelle es un conjunto vocal e instrumental de música antigua con vocación europea. Toma su nombre de la célebre capilla musical de la Casa de Borgoña y, posteriormente, de Habsburgo, que sirvió a la rama española hasta entrado el siglo XVII (conocida también como «capilla flamenca»). Como en su época, la Grande Chapelle está formada por avezados intérpretes procedentes de diferentes países, principalmente de los antiguos Países Bajos, Francia, Alemania y España. Esta heterogeneidad de la plantilla constituye un sello distintivo del conjunto, que rehuye la uniformidad tímbrica que conlleva un empaste ficticio y da prioridad a los relieves sonoros. Además de fomentar la amalgama de distintas técnicas y escuelas musicales, se pretende crear una plataforma para el encuentro y el intercambio de ideas que enriquezca nuestro conocimiento del pasado.

Dirigida por Àngel Recasens, inicia su empresa en 2005 a partir de los resultados de la antigua Capilla Príncipe de Viana. Dicha transformación ha sido motivada por la necesidad de emplear grandes efectivos, a la luz de las investigaciones musicológicas propias llevadas a cabo en los últimos años. En el conjunto participan prestigiosos cantantes e instrumentistas especializados en la praxis histórica.

La música sacra centra primordialmente el interés de la Grande Chapelle, como corresponde a una capilla musical. Su principal objetivo es realizar una nueva lectura de las grandes obras vocales de los siglos XVI al XVIII, con especial predilección por la producción polioral del Barroco, especialmente la española. Al mismo tiempo, tiene el propósito de contribuir a la acuciante labor de recuperación de repertorio musical hispano. De ahí que, desde su seno, se estimule la investigación (acopio de materiales, inventario, estudio y transcripción), el estreno de repertorio desconocido, la grabación discográfica e incluso la edición de obras según la metodología científica más contrastada.

Cada interpretación se apoya en una rigurosa investigación musicológica sobre las fuentes musicales y el contexto histórico-productivo, evitando, no obstante, caer en la tentación del fundamentalismo estéril que aleje al músico de su principal cometido.

La Capilla Príncipe de Viana, que ahora lega su experiencia a la Grande Chapelle, ha actuado en los principales ciclos o festivales de España como Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla, Granada, Peralada, etc. Àngel Recasens, reacio durante muchos años a las grabaciones de estudio por considerarlas una desnaturalización del sentido auténtico musical, sólo ha permitido retransmisiones por radio o televisión en directo. Ha grabado por encargo de la Comunidad de Madrid los discos *La música sacra en la época de Carlos V* (2001) y *Stabat Mater. Música religiosa de José de Nebra* (2003). A partir de este mismo año, se iniciará una serie de grabaciones con la prestigiosa discográfica francesa Alpha.

El conjunto colabora con otras instituciones públicas y privadas, principalmente realizando programas de encargo.

Grande Chapelle

Anne Cambier, soprano

Helen Ashby, soprano

Sytse Buwalda, contratenor

Hervé Lamy, tenor

Katelijne Lanneau, flautas de pico

Peter De Clercq, flautas de pico

Piet Stryckers, viola da gamba

Martin Bauer, viola da gamba

Philippe Malfeyt, guitarra y tiorba

Stephan Pougin, percusión

Àngel Recasens, dirección

La Fundación Caja Madrid ha invertido en los últimos años una importante cantidad de sus recursos en la restauración y conservación del patrimonio histórico español. Habitualmente, cuando se pone el punto final a los trabajos de restauración, y una vez acaban los actos de inauguración, no se realizan nuevas actuaciones que mantengan vinculada la intervención a nuestra Fundación. Por este motivo surge el ciclo anual de conciertos con el título "Música y Patrimonio" que supone el punto y seguido de las actuaciones de conservación, permite refrescar la memoria social de los trabajos de restauración que ha llevado a cabo la Fundación Caja Madrid, vincula nuestros programas de Música y de Patrimonio y mantiene viva la dinamización cultural que las intervenciones de conservación patrimonial promueven.

Colabora:



AYUNTAMIENTO DE
TALAVERA DE LA REINA